

Resquebrajamiento de la octava esfera o del octavo cielo

¿Cómo llegaron aquí? ¿Qué hacen aquí, si esta es la celda mas vigilada? Lo ignoro, pero, bienvenidos. Les platicaré de mí.

Soy Filoteo Giordano Bruno, el Nolano. Doctor de la más elaborada teología, estudioso de santo Tomás, dominico; también yo lo fui hasta que me procesaron; no de este juicio que la inquisición me ha clavado ahora, sino hace 24 años, en 1576, proceso que no concluyó, pues entendí que un espíritu libre no puede quedar sometido a un pensamiento rígido, así que abandoné el convento dominico de Minerva, aquí mismo, en Roma. Sin embargo, me sigo llamando con el nombre que adopté al tomar los hábitos: Giordano, pues mi padre, Giovanni Bruno, me bautizó como Filippo.

Ahora, en el ocaso del día 16 de febrero de 1600, espero el amanecer del 17 para ser llevado al *Campo di Fiori*, y ahí, en la plaza, quedar atado a un vástago, esperando ser tragado por las llamas. Así, moriré, a mis 52 años de vida, quemado y convertido en cenizas que se mezclen con las cenizas de la naturaleza. Sí, moriré en unas pocas horas.

¿Qué si tengo miedo?: No lo niego, pero más miedo tienen quienes han firmado mi sentencia. El Pontífice máximo, el papa Clemente VIII, jamás quiso entrevistarme, y Roberto Bellarmino fue mi fiscal acusador. Este cardenal fue nombrado teólogo oficial del Papa, remplazando al cardenal Tolet. Además, el Papa lo nombra consultor del Santo Oficio, confesor de los obispos, y le otorga el altísimo rango de cardenal. En verdad, no dude que a él con el tiempo, lo conviertan en san Roberto Bellarmino.



Y, ¿por qué debo tener miedo, si mi cuerpo se convertirá en humo, y mi espíritu se elevará con él?, volaré por los aires, romperé los límites, penetraré el cielo, traspasaré los planetas, romperé, como lo he hecho el octavo cielo, para abrir el camino hacia el mundo de las estrellas, el universo infinito.

¿Cuales son mis delitos?: ocho tesis, que se resumen en tres diferentes temas.

El primero, dicen que mi pensamiento corresponde a la herejía novaziana sobre la Trinidad, con base en la transubstanciación. De este delito sólo comentaré que es preciso separar las verdades de la fe, de las disertaciones y conclusiones de la filosofía. Soy filósofo, profesor de la más pura e inocua sabiduría. En su momento fui conocido en las principales academias de Europa, aprobado y honrosamente acogido como filósofo. No

me sentí en ninguna parte extranjero, salvo entre los bárbaros y los innobles.

¿Cuál ha sido mi empeño?: Despertar a las almas dormitantes, domar la ignorancia presuntuosa, sacudir a la necedad recalcitrante.

El segundo delito nace porque establecí en la obra *De la causa, el principio y el uno*, la metáfora del piloto en la nave, para explicar cómo se encuentra el alma en el cuerpo. Así dice mi texto:

¿Cómo es posible que un mismo sujeto sea principio y causa de cosas naturales? ¿Cómo puede ser causa intrínseca y causa extrínseca?

Digo que no hay inconveniente alguno en esto, si consideramos que el alma está en el cuerpo humano como el piloto en la nave; este piloto, en tanto que esta puesto juntamente con la nave, es parte de ella; considerado en tanto que la gobierna y hace mover, no se le ve como parte, sino como eficiente distinto de la nave. [...]

Conviene a la potencia intelectual de nuestra alma, el ser separada del cuerpo y tener título de causa eficiente.

A partir de esta metáfora, lo que les duele es pensar que el piloto puede abandonar en cualquier momento la nave y subirse a otra nave para seguir conduciendo. Es decir, tiemblan pensando en la trasmigración de las almas. Pero mi pensamiento estaba en relación al cosmos, pues adelante añadí:

Dice Plotino, escribiendo contra los gnósticos: "con mayor facilidad que nuestra alma a nuestro cuerpo, el alma del mundo, rige el universo".

Así, hable de la rectoría del alma sobre el cuerpo, asunto que cualquier filósofo debe sostener; Marsilio Ficino en su obra *De Amore* puntualiza sobre el alma:

Si decimos que el hombre genera, crece, se nutre, queremos decir que el alma como padre y artífice del cuerpo, engendra éste, lo hace crecer y lo nutre. Si decimos que el hombre está en pie, se sienta y habla, es el alma la que sostiene los miembros del cuerpo, los dobla y los hace vibrar. Si hablamos de crear o correr, el alma extiende las manos, las gobierna a su arbitrio y los hace vibrar.

Y, por qué no condenaron a Ficino por decir que el alma gobierna y hace mover al cuerpo como yo lo digo; ¡ah!, es la metáfora. Bellarmino tembló pensando que si se estrellaba la nave contra los arrecifes, el piloto viendo que el barco haría agua, saltaría a otro buque que traía en remolque y

seguiría como capitán o piloto de una nave nueva. Así, en su fantasía vio el jesuita Bellarmino, flotar el alma de cuerpo en cuerpo, de barco en barco; de timón en timón, de investidura en investidura, moviéndose, transmigrando, siempre viva.

Pero, ahora que voy a morir permítaseme soñar: Y, si este piloto que en mí habita, está listo para abandonar este barco que se incendia, y está presto para encontrar otro navío recién hecho. Digo, si esto fuera así, ¿no sería dichoso?, y si no fuera así, ¿no sería un consuelo el pensarlo en un día como éste?

Entiendo que toda metáfora en algo peca, pero el mismo Tomás de Aquino utiliza metáforas para explicar qué entendemos por Dios.

Me he dado cuenta, que mi obra ha sido interpretada según la calidad de sus lectores, y por tanto, es juzgada como buena o mala, como agradable o triste; como apreciada o indigna; como docta o ignorante; como seria o licenciosa; como religiosa o profana.

y así se lo dije a Felipe Sidney en una epístola.

Es el momento de la cena. Aquí tengo pues, un banquete, que no es el de Tántalo, sumergido en agua hasta el cuello, sin poder beber, porque el líquido retrocedía cada vez que agachaba la cabeza. Frente a él, una rama con manzanas lo seducía, y cuando él estiraba el brazo, la rama toda se retiraba fuera de su alcance, para regresar en cuanto bajaba la mano. Tampoco es el banquete de Tiestes, a quien le sirven un estofado, que una vez deglutido se enteró que era la pierna de su hijo Tántalo, el ancestro de Agamenón.

Podría esta cena ser un poco como el *Banquete* de Platón, en el que se mezcla el sabor y el saber, o como *La cena de las cenizas*, banquete y obra de mi gusto.

Han escurrido un poco de pan, queso y agua. Amo este mendrugo, porque, teniendo tan poco, ¿para qué esperar lo que está lejos?, ¿para qué esperar lo que quizás nunca llegue? Grave error es despreciar lo que está en manos de otros, lo que no está al alcance de nuestros dedos. Hoy hay sombras, pero las amo, y no espero la luz de la mañana, pues esa luz me traerá muerte. Quiero gozar el presente, ¡ah!, y no un futuro que ya no tengo. Si así viviéramos, disfrutando el presente...

Vayamos al tercer delito, y en éste me detendré ampliamente, se refiere a la tesis que sostiene que el universo es infinito, y que existe pluralidad de mundos. Dos asuntos, el universo y los mundos.

La concepción del universo de Tolomeo, e incluso la de Copérnico, establecen que después de los planetas está fijo el octavo cielo.

¡Ah! Claudio Tolomeo, o Ptolomais Hermiu. Nació en el año 90 y murió en el 168 de nuestra cristiana. Escribe *Almagesto*, en donde planta a la Tierra sin movimiento y es el centro del sistema.



Desarrolla su pensamiento en Alejandría; Alejandría la helénica, claro. Estableció el siguiente orden en el sistema solar: la tierra al centro, y en círculos concéntricos cada vez más amplios los siguientes astros: en el primer círculo la Luna; después, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, y en el octavo círculo, el cielo de las estrellas. Establece pues, un universo finito y limitado. Copérnico mantiene este último círculo, pero yo

sostengo que el universo es infinito, y, ¿por qué tanto ruido al sostener que el universo es infinito?

¡Ah! porque en la parte convexa de esta octava esfera o cielo, es decir, por fuera, la tradición, que no los astrónomos ubicaron a los bienaventurados y a Dios mismo. Pero no sólo fue una creencia popular. No. Mi colega Tomás de Aquino, y digo colega, porque ambos fuimos dominicos; bueno, él estableció como vía para probar la existencia de Dios, el que la creación es finita y el único infinito es Dios.

Claro, sostiene que Dios es infinito, pero los inquisidores se preguntan, ¿si el universo es infinito, en donde queda el espacio para Dios?, o a la inversa, dado que Dios es infinito y creador, no puede existir materia creada infinita.

Así lo dijo mi colega Tomás de Aquino en su *Summa Teológica* sobre Dios como infinito:

Lo más formal de cuanto hay es el ser mismo. Puesto que el ser di vino no está concretado en nada, [la planta no es Dios, el tigre no es Dios, el humano no es Dios, un astro no es Dios] sino que Dios es su mismo ser subsistente, es indudable que Dios es infinito y perfecto.

Añadió sobre si las criaturas pueden ser infinitas.

Lo infinito no puede proceder de principio alguno, como dice Aristóteles, y, sin embargo, cuanto hay, excepto Dios, procede de Él coma su primer principio. Por consiguiente, nada de cuanto hay, fuera de Dios, puede ser infinito.

Esta reflexión teológica de Aquino funcionó en un mundo con una ciencia enyesada, sin avances, rígida; y no funciona más para la ciencia del futuro, que navegará en los espacios infinitos.

Ahora lo veo, quizá un poco tarde, a mi obra *Sobre el infinito universo y los mundos*, debió añadirse un subtítulo que dijera, agonía y muerte de la Cosmología, pues con argumentos retóricos, se han quitado las barreras que detenían la investigación astronómica dándole una mayor dimensión al universo.

Toda mi disertación fue contra la Cosmología del siglo IV antes de nuestra era, es decir, las reflexiones de hace dos mil años, las tesis aristotélicas, pero jamás ataque un pensamiento teológico, pues yo soy filósofo, se los repetí hasta el cansancio, no teólogo. Escribí en *Sobre el infinito Universo y los mundos*:

Sostenemos que hay infinitas tierras, infinitos soles y un éter infinito, o según decir de Demócrito y Epicuro, que hay un lleno y un vacío infinitos, el uno insito del otro. Y hay diversas especies finitas, las unas comprendidas por las otras, y las unas ordenadas por las otras. Estas especies todas, concurren a realizar un entero universo infinito, y constituyen infinitas partes del infinito.

¿Qué es el éter?: sustancia celeste y pura, de la atmósfera arriba, por la cual caminan los astros. Pero a veces prefiero hablar de vacío.

En la antigüedad, el éter era la esfera elemental, la esfera del fuego, la región más alta del aire, o la parte más sutil del aire. Ahí, donde se unen dos elementos básicos: fuego y aire.

Como a Júpiter lo consideran amontonador de nubes, habitante de los cielos, el éter es cielo, luz resplandor, y Júpiter mismo.

Ahora bien, ¿qué es lo infinito?

Cicerón, Ovidio y Horacio, han entendido por infinito como lo impreciso, lo indeterminado o lo indefinido. Me apego a ello. Y así, se abre un universo a conocer, un universo en donde imaginemos una extensión más allá de la extensión, un número más allá del número. Y para ser un poco pitagóricos, una esfera después de las esferas.

Grabé en el mismo libro:

Me parece cosa ridícula decir que fuera del cielo [de las estrellas, que se considera la esfera mayor dentro de la cual estamos,] no hay nada, y que el cielo esté en sí mismo, ubicado por accidente, y que sea lugar por accidente, esto es, por sus partes. Y entiéndase lo que se entienda 'por accidente' no puede evitar el hacer de un ser, dos, porque siempre el continente es diverso del contenido, y de tal modo diverso que,

según el mismo, el continente es incorpóreo, y el contenido, un cuerpo. [...]

Y, ¿qué hay más allá [de ese octavo cielo?] Si se responde que nada hay, yo diré que esto es el vacío, que es la carencia; y es el vacío, y una carencia tal que no tiene límite, ni término alguno del lado de allá, pero que están limitados por el lado de acá.

Así pues, muero porque he sostenido que el universo es infinito y contiene infinitos mundos.

¿Qué es el mundo?: *Mundus* en el latín de Ovidio era lo elegante, limpio, purificado, o bien el adorno del tocador de mujer, o un aposento limpio; con más amplitud se entendió por mundo, el Imperio Romano, o bien, el Hades, después, una totalidad como la humanidad, y para Horacio significó tanto las naciones como el globo terrestre. Para nosotros

...es todo aquello que está lleno y consta de cuerpo sólido.

Así que cuando se escandalizan, pues he sostenido que existan infinitos mundos, temen que existan otros seres vivos, otras sociedades, otros papas, otros gobernantes. Pero eso es su imaginación, porque yo jamás lo dije.

¿Cómo? se preguntó Bellamino, hijo del Papa Marcelo II:

¿Puede existir otro Papa? ¿Puede haber otro representante de Dios?
¿Puede existir otro sumo pontífice?

¿Por qué saltaron estas preguntas?, ¿por qué se tomaron como una agresión al sistema?: porque no puede hacerse una separación entre la cosmología y la teología.

Jamás, jamás sostuve que existiera otro Papa, pero una mente envidiosa como la de Bellarmino pudo interpretar que si lo hay. Como sea, yo sostengo que no se relacionan unos elementos con otros. Escribí:

Aun cuando haya tantos medios como individuos, globos, esferas y mundos, no por eso se sigue que las partes de cada uno se relacionen con otro medio distinto del propio, ni que se alejen a otra circunferencia que no sea la de la propia región.

Así, las partes de esta tierra no se vinculan a otro centro, ni van a unirse con otro globo que no sea éste, como los humanos y los animales fluyen y refluyen en el propio sujeto [o mundo] y no pertenecen a otro, numéricamente distinto.

¡Ah! saltó el cardenal Bellarmino: Pero entonces, si existen otros humanos, nosotros debemos imponemos a ellos, y habrá un solo gobernante, y un solo

Papa. Así se ha hecho en las Indias, [dígase América] gracias a Isabel, bien llamada Católica.

Ahí brinco un sentimiento despreciable: su ambición. Nada debe estar fuera de su poder, nada debe quedar alejado de su control, de su influencia, de su mando.

Le insistí que la Cosmología es parte de la Filosofía, y no de la Teología, que hablamos de materias distintas, pero él estaba enardecido, golpeaba las hojas en donde escribí:

En el vacío hay innumerables e infinitos globos, como éste en el que vivimos y nos alimentamos nosotros.

Semejante espacio lo llamamos infinito porque no hay razón, capacidad, posibilidad, sentido o naturaleza que deba limitarlo. En él existen infinitos mundos semejantes a éste, y no diferentes de éste en su género, porque no hay razón ni defecto de capacidad natural (me refiero a la potencia pasiva como activa) por la cual, así como en este espacio que nos rodea existen, no existan igualmente en todo el otro espacio que por su naturaleza no es diferente ni diverso a éste.

Fuera de la circunferencia imaginaria y de la convexidad del mundo, existe el tiempo, porque hay ahí medida y cuenta del movimiento, porque hay cuerpos móviles semejantes. (p.235)

¿Como, me dijo? si el tiempo es una distensión del alma, según dijo san Agustín. Entonces, si hay tiempo, hay vida, y no puede ser que nosotros no gobernemos sobre ella.

Pero, ¿qué puede hacerse ante un soberbio? Esta es una de las pocas enfermedades incurables, porque el alcohólico con dificultad acepta que está enfermo, el neurótico, con dificultad, acepta que necesita ayuda, pero el soberbio, el enfermo de poder, jamás acepta que necesita una cura, una terapia. El extremo del ambicioso es el sádico. Y, claro que hubo sadismo para conmigo, pues fui torturado, subido al potro, metido entre hierros para que del dolor naciera el sometimiento. Sadismo de muchos jerarcas.

Para no escandalizar, añadí que lo infinito y lo uno se unen armónicamente, y que por tanto, no hay conflicto con la Teología. He aquí mi texto.

Hay infinitos motores, así como hay infinitas almas en estas infinitas esferas, las cuales, como son formas y actos intrínsecos, en relación con todos los cuales hay un gobernante del que todos dependen; hay un primero, que confiere la fuerza del movimiento a los espíritus, almas, dioses, números, y motores, y confiere la movilidad a la materia, al cuerpo, a lo animado, a la naturaleza inferior, al móvil.

Hay pues, infinitos móviles y motores, todos los cuales se reducen a un principio pasivo y a un principio activo, como todo número se reduce a la unidad.

-¿Cómo que hay infinitos motores? Señaló el jesuita Bellarmino, si sólo hay un motor primero, el motor inmóvil, Dios.

- El número infinito y la unidad coinciden, y el sumo agente, capaz de hacer el todo, coincide con la posibilidad de ser hecho todo.

- Abjura, retráctate, desdícete por medio de juramento, pues has incurrido en un error de fe.

- No encuentro indicio alguno de mis errores, herejías o faltas contra la fe y las costumbres. No puedo retractarme de la ciencia cosmológica, porque no es materia de fe.

-*Abjura de levi u de vehementi.* Abjura de tus errores leves o vehementes y con claros indicios, que el Santo tribunal de la inquisición te lo demanda.

No tenía ya más que decir. Callé. Y en mi interior repetí la sabiduría de Salomón en *Proverbios* 15,2: "Hierve en necesidades la boca de los fatuos".

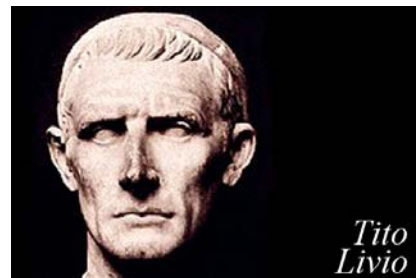
El silencio que espera la abjuración inundó la cúpula y naves de la iglesia María sopra Minerva, o María sobre Atenea. La ira también volaba.

Así, ese día, la sofía griega, la sabiduría, quedó aplastada.

Dejemos a este soberbio.

Vayamos ahora al segundo término: ¿qué es el universo?

Para Cicerón es el todo, el entero, la totalidad. Tito Livio habla de victoria total, completa cuando dice: "universa victoria", y me pregunto, ¿qué puede haber fuera del todo? y ¿más si el universo es infinito? Considero que el universo...



no solamente es el mundo, sino además el vacío, la carencia y el espacio exterior de aquel, por eso dicen que el mundo es finito; pero el universo es infinito.

Precisamente, porque el universo es el entero, o la totalidad, podemos decir que es el uno, así que de este modo, no hay dificultades teológicas sobre Dios.

Ya es la hora prima, y ha comenzado mi último día, qué digo, mis últimas nueve horas, porque la sentencia se ejecutará, no al atardecer, como le ocurrió a Sócrates, sino precisamente, al iniciar la mañana.

Pero, se preguntarán, ¿por qué estoy aquí?, ¿cómo ocurrió todo? Fue una trampa. Vil engaño de Moceningo. Él me invitó a Venecia, y cuando me percate de lo reticente y conservador que él era, decidí partir de su casa, dejando la ciudad de los canales con rumba al moderna Frankfurt. Mi propósito era publicar mi libro de *Las siete artes*. El 21 de mayo de 1592, ya con mi equipaje empacado me retuvo a la fuerza, y con violencia me dejó en un pequeño cuarto hasta que llegaron las fuerzas de la inquisición, quienes se apoderaron de mis pertenencias, y principalmente de mis manuscritos, ya cartas, ya notas, ya borradores, reflexiones personales y el material por publicar; a partir del 26 de mayo quedé encarcelado, hasta el día de hoy.

En todo momento explique que se debe separar la razón filosófica que obra por principios y luces naturales, de la verdad según la fe, a la cual yo, ni trato ni ataco. A los cuatro meses, parecía que todo estaba arreglado, pero cuando ya mi libertad estaba dispuesta, llegó una carta del Papa, pidiendo mi traslado judicial a Roma para recibir un nuevo proceso.

Este proceder metódico, y esta distinción de la ciencia teológica y la ciencia filosófica eran claros y evidentes para Epicuro.

Este griego nació en Atenas, o quizá en Samos en el año 341, y murió sobre seguro en Atenas en el año 270. ¡Cuánto hemos retrocedido! Pues se ignora lo que se sabía hace 1900 años. ¡Aaay!

Nos referimos a su *Carta a Pitocles*. La recuerdo porque la he estudiado:

Se trata de concordar cada cosa con los fenómenos, sin temer los artificios serviles de los astrólogos.

Los menguantes y crecientes de la Luna pueden ocurrir ya por vuelta de este cuerpo; ya por una configuración semejante del aire, o por anteposición de alguna cosa; o bien por todos los modos, que según los fenómenos que vemos, conducen a semejantes efectos. Fin de la cita.

Epicuro distingue pues, el fenómeno de *noumeno*, o lo que vemos de la cosa en sí misma. Esto, en los siglos IV y III antes de nuestra era.

Este pensador, por cierto muy castigado, reconoce que no podemos llegar a la cosa misma a través de la vista, que es preciso concluir; pero nos advierte en cuanto a conclusiones precipitadas:

Si procedemos con repugnancia a las cosas claras [es decir, aferrándose a una sola solución] nunca podremos alcanzar la tranquilidad legítima.

Y adelante añade:

Si no se practica esto, [la distinción entre el fenómeno y su causa], todo discurso acerca de las causas de los meteoros será vano, como ya lo ha sido para algunos, que no habiendo abrazado las consideraciones sobre lo posible, dieron en el vano, y, creyendo que aquellos fenómenos podían ser por un modo solo, excluyen todos los demás aún factibles, y se arrojan a lo imposible, y no pueden observar los fenómenos que se han de tener como señales.

Todo estudio será vano, vacío si no seguimos las recomendaciones de Epicuro. Pero, el toscano Bellarmino, hijo del incesto de un Papa con su hermana, no abrió sus puertas a la sabiduría helénica.

Llegó la hora tercia, los maitenes se rezarán pronto, y mi vida se apagará como la vela se apaga con la luz del sol. Ya son siete años de interrogatorios, ayunos, torturas. Siete años en que han intentado derrumbar mi voluntad. Pero quien ha recibido el don de Eros nunca desfallece.

En seis o siete horas habré muerto, hasta la hora nona empezaré a preocuparme por los dolores que me causará el fuego abrazando mi cuerpo todo. Espero que la fogata sea amplia y el humo me asfixie, prefiero esta muerte a la quema de este flaco cuerpo.

A la linda Hipatia primero la despedazaron y luego la quemaron.

¿Que quien era ella?

¡Ah! Hipatia, era hija de Theón, ella estudió en Atenas en el siglo I, y vivió en Alejandría. Fue heredera del conocimiento de Ptolomeo. Por razones de su martirio no se conserva directamente su obra, pero fue ella la que puso al Sol en un lugar primordial, estableciendo una base sólida para el trabajo de Copérnico. Sin embargo sabemos que comentó las *Tablas de Ptolomeo*.

Ella, junto con su padre, rescata y transcriben *La Aratea*, trabajo del astrónomo y poeta Arato, quien vivió en el siglo III antes de Cristo, precisamente en Alejandría.

En la *Aratea* de Theón y de Hipatia aparece un cambio importante en el orden planetario. Ciertamente, la Tierra sigue de centro, y la luna girando a su alrededor. Pero, aparece el Sol, y alrededor de él gira Mercurio y Venus. Aquí ya descubre un cambio importante, puesto que el Sol cobra relevancia,



y empieza a tomar el lugar que le corresponde. Los demás planetas giran alrededor de la Tierra.

Miércoles de ceniza del año 415 de nuestra era. Cirilo descubrió que Hipatia era el obstáculo principal para que el cristianismo entrara en Alejandría, pues a las claras saltaba como la opinión más respetada de la ciudad. Ella era una helenista que en nada se metía con los ritos cristianos. He aquí la acusación que hace Damasio a Cirilo, en *La Vida de san Isidoro*:

Cirilo, obispo del partido opuesto [al del poder], pasó junto a la casa de Hipatia, y advirtió la presencia de un grupo numeroso a su puerta, "una confusión de corceles y humanos". Había quienes llegaban, quienes esperaban y quienes marchaban. Cirilo preguntó cuál era el significado de aquella reunión, y por qué se producía tan gran revuelo. Sus criados le explicaron que se daba la bienvenida a la filósofa Hipatia, y que aquella era su casa. Aquella información hirió hasta tal punto el corazón del obispo que preparo un ataque de la manera más detestable.

Era cuaresma para los cristianos, y para Hipatia era un día infausto. Regresaba a su casa en un carruaje, venía de la mansión del prefecto de Egipto, Orestes, discípulo y amigo suyo. Al doblar una esquina, en una calle estrecha una turba se agolpó y detuvo el carruaje, estaban dirigidos por un tal Pedro, lector de la iglesia de Cirilo. Tiraron de ella hasta que cayó del carruaje, la arrastraron hasta un lugar cerrado, la iglesia Cesarión. La desnudaron, la violentaron como quisieron, y tomando trozos de cerámica, convirtieron su cuerpo en yagas, su sangre en río, y su espíritu en viajero al Hades. Murió con dolor en las extremidades, vientre y senos. Pero la turba quería más. La descuartizaron y amontonaron sus miembros en bolsas, y los llevaron a un paraje solitario, el Cinarón. Ahí levantaron una fogata y fueron aventando parte a parte. Su cráneo finalmente estalló, y su espíritu descansó.

Mediante sobornos, quedó impune este asesinato, tanto de los actores materiales como del autor intelectual.

¡Ay! Los trabajos astronómicos quedaron sin avances significativos durante mil años. En honor a ella, aunque no le dedico la obra, escribí *La cena de las cenizas*. ¡Una antorcha viviente! ¡Una sabia! ¡Una mártir del conocimiento!

Ha sonado la campana de la hora sexta. La noche está agonizando, se acaba para mí la obscuridad, porque voy al reino de la luz. Esperaré, con los ojos vendados, el final de este trayecto que me ha retenido los últimos siete años. Las Horas han descubierto el alba, y han puesto en fuga a las estrellas.

Moriré quemado vivo, e *ipso facto* incinerado, y así, yo me iré, oh amigos, como se lo comenté a Sidney,

allá donde las intenciones y las obras heroicas no sean concebidas como frutos vanos y de nulo valor; donde no se juzgue como suprema sabiduría la credulidad sin criterio; donde se distingan los consejos divinos de las imposturas humanas; donde no se considere coma acto de religión y piedad sobrehumana, el pervertir la ley natural; donde no se crea que es una locura la contemplación diligente. Me voy allá donde no consiste el honor en avarienta posesión; la magnificencia en actos de gula; la fama en la multitud de sirvientes, la dignidad en el mejor vestir; la grandeza en el tener más; la verdad en las quimeras; la prudencia en la malicia; la sagacidad en la traición; la sensatez en el engaño; el saber vivir en el fingimiento; la fortaleza en la furia; la ley en la fuerza; la justicia en la tiranía; el juicio en la violencia.

Ya clarea, los dedos de la Aurora señalan mi futuro breve, son rayos rojizos, porque me espera la hoguera; es luz brillante, porque vuelo al infinito universo.



¿Por qué clarea? Pues porque la tierra se mueve, es una esfera que gira y gira día con día; así es, tiene movimiento propio. Este amanecer nos recuerda el amanecer de la ciencia y a Copérnico. Hombre delgado, de pómulos salientes y ojos agudos, estudia los astros y registra sus movimientos en tablas. Plantea una nueva tesis, la tierra ni es inmóvil ni es el centro del universo. Pero sabe que esta tesis no es del agrado ni de la escolástica, ni de los gobernantes, ni del Papa. Largo tiempo dudó en su interior, es decir, quiere y no quiere, se atormenta en la indecisión, el dar a conocer al vulgo en general estas conclusiones.

¿Qué hacer? Se pregunta el astrónomo. Dios mió, qué hacer. Aquí empolvado están *Las Revoluciones de las órbitas celestes*. En donde la primera revolución es el movimiento de la Tierra. Pero, ¿para qué publicarlo, si va a ser despreciado por el vulgo? Y, además de despreciado, será atacado, descalificado, y no sólo el libro, sino a mi persona misma.

Estoy joven, tengo muchos proyectos por hacer, un futuro brillante, pero, con una publicación así, la escuela me cerrará las puertas, así como también las catedrales, y hasta las pequeñas iglesias.

Mira a Pitágoras, el según nos informa Lisis, también Hiparco, sólo transmitió el saber a unos pocos, a sus amigos, a sus discípulos quienes

pasaron a ser iniciados. ¿Él maestro Pitágoras sería envidioso? No, no lo creo. Procedió así por otras razones, porque el vulgo no lo comprendería.

Y, para que publicarlo, si muchos, preocupados por asuntos lucrativos, no regalarán su tiempo al conocimiento; y otros, que se dedican a la Filosofía, sólo lo hacen impulsados por sermones vanos, y nunca entendieron el espíritu del filósofo, son, pues, zánganos entre abejas.

Mi opinión lo sé, es absurda. El Sol es el centro, luego sigue Mercurio y Venus girando a su alrededor, como lo estableció Hipatia, pero yo agregó, la Tierra gira en su eje y en torno al astro lumínico. Después ya, le siguen los demás planetas.

De hecho, no soy el primero en pensar así, Heráclides del Ponto y Ecfanto, el pitagórico, daban un cierto movimiento, no de locomoción, sino limitado alrededor de su centro, como una rueda, con lo cual se explica el orto y el ocaso. Además, Filolao, también pitagórico dijo que se mueve la Tierra en derredor del fuego, con un movimiento circular oblicuo.

Me despreciarán, me gritarán, me dirán estúpido, me dejarán solo. ¡Ay! Tengo miedo, si, tengo miedo. Dejemos en el estante este intento.

Así, Copérnico se pasó años en estos monólogos repetitivos.

Después pensó: Cuanto mas absurda parezca esta doctrina mía sobre el movimiento de la Tierra, tanta más admiración y favor obtendré a la larga, una vez publicado. Porque la neblina de hoy se convertirá en luz. Hace ya cuatro veces nueve años que pienso en publicar mi obra, mírate Copérnico, ya envejeciste, y estás más cerca del ocaso. ¿Qué más puedes sufrir, si de todos modos ya vas a morir? ¡Ea! Publica la obra, pero eso si, dedícala al Santísimo señor, Paulo III, sumo pontífice.

Y así en 1543, salió la obra *Revoluciones de las Orbitas Celestes*. A la fecha la obra de mi amado Copérnico no está en el *Índex librorum prohibitorum*, o índice de libros prohibidos, que estableció el Concilio de Trento hace pocos años, en 1564. Pero la obra de Copérnico está destinada a ser clavada en este índice; y esto ocurrirá muy pronto.



Aquí, la Tierra tiene revoluciones en sí misma, y además tiene una órbita. Pero, ¿por qué a Copérnico no lo arrestó y juzgó la inquisición?, pues porque murió el mismo año en que se publicó su obra.

En su momento, leí su libro con avidez. Mi cabeza se movió, sentí mareo, pero, finalmente supe comprender que debía dejar de ser egocéntrico, y dejar de pensar que todo gira a mí alrededor. Debía proyectar al frente una pantalla, el manto de Ío, y ahí, trazar el plano de los cuerpos celestes, en donde el Sol está al centro y los planetas giran a su alrededor.

Pasados los años, escribí una obra que me ha traído problemas: *Sobre el infinito universo y Los mundos*, pues chocó contra un pensamiento egocéntrico, en donde el Papa y Bellarmino quieren estar en el centro, inmóviles y que todo el universo gire a su alrededor. No dudo que en cuanto muera Clemente VIII, este fiscal intente tomar el lugar papal, pero no creo que lo consiga, habla demasiado, y por su boca morirá.

Lo cierto es que si no se logra la descentración, no puede comprenderse que la Tierra no es el centro del universo, ni que Europa es el centro del mundo, ni que el Papa es el centro referencial de todo humano.

¡Qué egoísmo! ¡Qué egolatría! ¡Qué ceguera! ¡Qué necesidad!

¿Cuál es la resistencia a aceptar que la Tierra se mueve? ¿Cuál es el fondo del problema? Si la Tierra se mueve, con mayor razón pueden moverse las formas de organización entre los humanos, por supuesto. Luego entonces, debe quedar fija, sin movimiento.

Y esto me recuerda una de las pruebas tomistas de la existencia de Dios, la llamada motor inmóvil. Dice:

La existencia de Dios se puede probar por cinco vías, la primera y más clara se funda en el movimiento. Es innegable y consta por los sentidos, que en el mundo hay cosas que se mueven. Pues bien, todo lo que se mueve es movido por otro, ya que nada se mueve más que en cuanto está en potencia respecto a aquello para lo que se mueve. En cambio, mover requiere estar en acto, ya que mover no es otra cosa que hacer pasar algo de la potencia al acto, y esto no puede hacerlo más que lo que está en acto, a la manera como lo caliente está en acto, por ejemplo, el fuego hace que un leño que está caliente en potencia, pase a estar caliente en acto. Ahora bien, no es posible que una misma cosa esté en acto y en potencia respecto a lo mismo, sino respecto a cosas diversas. (Por ejemplo, lo que es caliente en acto no puede estar caliente en potencia, sino que en potencia es a la vez, frío. Es pues, imposible que una cosa sea por lo mismo y de la misma manera motor y móvil, como también lo es que se mueva por sí mismo.

Pero si lo que mueve a otro es, a su vez, movido, es necesario que lo mueva un tercer, y a éste otro. Mas no se puede seguir indefinidamente, porque así no habría un primer motor, y por consiguiente, no habría motor alguno, pues los motores intermedios no mueven más que en virtud del movimiento que reciben del primero, lo mismo que un bastón nada mueve si no lo impulsa la mano.

Por consiguiente, es necesario llegar a un primer motor que no sea movido por nadie, y éste es el que todos entendemos por Dios.

Pero Bellarmino y su Consejo sintieron que se atacaba a la teología cuando hablamos del movimiento autónomo de la Tierra. Y también otra metáfora fue la que resaltaron con ira cuando escribí:

La Tierra, por su instinto animal intrínseco, gira sobre sí misma de varias maneras y en tomo al Sol. .

Esta metáfora les causa muchos problemas, en la misma obra, *Sobre el infinito universo y los mundos*, insistí y lo amplí a otros planetas:

La Tierra, es un animal móvil, y da vueltas por un principio intrínseco, y todos los otros [planetas] son igualmente [animales móviles].

Bellarmino, con cara enrojecida, me señala que la Tierra no se mueve, pero que en caso de que se moviera, es porque existe un primer motor que es Dios, y no porque el planeta tenga un movimiento intrínseco, y menos porque sea un animal.



Le respondí que está confundiendo la Filosofía con la Teología, creyeron que atacaba a Tomás de Aquino porque dije que la Tierra tenía un "instinto animal intrínseco", y por tanto, no era necesario un motor inmóvil; pero nada tiene que ver una cosa con otra. Yo hablaba de cosmología, no de teología.

La Filosofía, clásicamente lo saben, está integrada por disciplinas como axiología, hermenéutica, gnoseología, metafísica, lógica, ética y epistemología. Entre ellas, destaca una materia, la cosmología, que vino a substituir a la astronomía-astrología.

Yo insistía en filosofar y Bellarmino en teologizar, yo en discurrir sobre los principios y razones de la humana inteligencia, y él en discurrir los principios de la divina ciencia, y sobre Dios y sus atributos. Él insistió que no hay conocimiento que no este subordinado a la Teología, pues ella es la verdadera, la soberana, y la más alta de todas las ciencias, porque ella es divina y cualquier otra, es humana.

El bastardo, hijo de Papa, me gritó que lo sideral no sólo es lo que concierne a los astros, sino lo que eleva hacia los astros, lo que trata de lo divino, e incomparable. Pues el octavo cielo, el de las estrellas, el llamado último horizonte, colinda con la substancia divina inmóvil y motor primero. Luego entonces, no puede separarse la cosmología de la teología.

Luche pues, hasta donde pude, para separar la cosmología de la teología, pero fracasé con Bellarmino. Sin embargo insisto, *Sobre el infinito*

Universo y los mundos, no sólo es la separación de la cosmología de la teología, sino la muerte de la cosmología, pues en adelante vendrán otros que indaguen con los métodos de Copérnico cómo es que se ha roto el octavo cielo, cómo esta Tierra, este animal, se mueve por movimiento intrínseco, y cómo y dónde están los otros mundos.

Luché hasta donde pude, me mantuve firme en mis tesis; pero Bellarmino es más estrecho y más necio que Torquemada.

Me voy, amigos caros, porque Clemente. VIII me remitió al brazo secular, para ejecutar mi condena. Firmó: "Este hereje impenitente, pertinaz y obstinado es entregado al brazo secular para que se le castigue con toda clemencia y sin efusión de sangre. De momento pensé que se trataba de un encarcelamiento de por vida, pero no. Significó "mátenlo, no con espada, sino con fuego".

Me voy pues, porque...

llamé al pan pan, y al vino, vino; denominé a la cabeza, cabeza, a los pies, pies, y a las demás partes con su nombre. Al comer le dije comer, y al dormir, dormir; al beber, beber.

Consideré a las hazañas y maravillas, proezas y maravillas; a la verdad, verdad; al saber, saber; a la bondad y virtud, bondad y virtud; a las supercherías, supercherías; a los engaños, engaños; a la espada y fuego, espada y fuego; a las palabras y sueños, palabras y sueños; a la paz, paz, y al amor, amor.

[Disgustó que] llamara a los filósofos, filósofos; a los pedantes por pedantes; a los monjes por monjes, y a los ministros por ministros; a los habladores, por habladores; a los sonsacadores por sonsacadores;

[Por otro lado, llamé] a los inútiles, saltimbanquis, charlatanes, titiriteros, estafadores, histriones y papagayos, por lo que se mira de ellos, por lo que se dicen, y muestran ser, y por lo que son.

Juzgue a los trabajadores, a los caritativos, a los sabios y a los héroes, por eso mismo. ¡Vamos! Mi misión está concluida, y que otros lectores hagan lo que a ellos corresponde.

Este fue mi última inflamación del espíritu, que dejará lugar a lo diverso, aunque los jerarcas en el poder quieran retener el avance.

Llegó el momento, 17 de febrero de 1600. Hoy es un día nuevo, porque,

... como lo estableció Heráclito, "el sol es nuevo cada día". Este astro, centro ante el cual giramos no para en su manía de orígenes y ocasos, de derechas e izquierdas, de imperturbables simetrías. . I

Este astro ha marcado el momento de mi viaje. Viajo tranquilo, porque como grabó Terencio, "soy humano, y nada de lo que es humano lo considero lejano a mi".

Hasta otro encuentro, discípulos míos. Váyanse, antes de que arriben los guardias, y se prenda otra olla de fuego. Retírense por favor.

Ahora sólo, debo preparar mi viaje con estos versos.

En este universo, las estrellas,
aunque lo parezcan, no son fijas;
son soles como el nuestro,
mayores y más luminosos.

También estos soles o mundos de fuego
tienen cuerpos que giran en tomo a ellos
y de quienes obtienen su fuerza y virtud.

Los planetas son los *ethera*,

los corredores, correos,
embajadores de la magnificencia
del único altísimo,
contempladores con musical armonía,
del orden de la constitución de la naturaleza,
espejo vivo de la infinita deidad
a quien me encomiendo.

Que el ciego terror a la muerte
no se acerque al sitio que circunda
la inexpugnable muralla
de la auténtica contemplación del ente,

ni al sitio donde la quietud de la vida
se halla fortificada y puesta en alto;
donde la verdad esta abierta,
donde esta clara la carestía
de eternidad de toda sustancia;

Voy allá, donde no se debe temer
que otro pueda despojarnos
de la humana perfección sin ansia.

A la hora nona, Giordano Bruno fue llevado a la plaza pública, ahí lo esperan



encapuchados, el fosforero quien prenderá el fuego, el atizador quien vigilará que se oxigenen los leños, y el hurgonero, quien moverá el carbón. Ahí, en *Campo di Fiori*, se han apilado suficientes troncos como para incendiar un palacio, y en efecto, están destruyendo al paladín del saber, al palaidón de la mnemotecnia, y al palacio del conocimiento universal.

Bruno asciende a la pira, donde encontrará el apagamiento del espíritu, y el crepitar de sus músculos. Su silencio es elocuente, ya no dictará cátedra, ni predicará, ni dará sermones. Han callado su opinión. Su obra arde, se retuerce, sube en forma de humo, negra espiral, nacida del rojo chispeante. Su cuerpo sufre la misma suerte, unirse a las yescas, han callado a esta lengua de fuego, y alma encendida. Todo él tiembla sofocado por la asfixia.

Con el crispas de los troncos, se incendia el incienso y el almizcle de un espíritu puro, luz que deja lo trivial. Es fuego purificador, fuego que robó Prometeo a los dioses, para industria del humano. El cuerpo de Bruno ya es yaga, el humo le estorba la respiración. ¡Aaaay! sólo un gemido, pero jamás un grito.

Ignis aurum probat. El fuego es la prueba máxima para el oro. Y este espíritu libre, esta probando el fuego y lo resiste. Resiste como resistió siete años de tormentos y torturas, pero el fuego, y el contrafuego lo abrazan. Las llamas consumen sus ojos y su imaginación. Fallece, mientras permanecen sus palabras: "Pronunciáis esa sentencia contra de mi, con mayor miedo del que yo siento al recibirla."

No hubo sangre de por medio, porque todo su cuerpo en vapor se transforma. En tanto, el humo se eleva con las entrañas de Giordano; Faetón, divino corcel de Apolo baja, en sublime picada, para recoger un espíritu puro. El cráneo del filósofo estalla y esta mente brillante sube escalando las nubes en el carro del sol, hacia el universo infinito. No es Ícaro que se precipita del cielo al mar, sin por el contrario, es Dédalo, el tecnólogo, que se eleva, y se sostiene por los aires.

Tu deseo se ha cumplido, oh Giordano. Extendiste los límites del aire, penetras en el cielo, ya recorres las estrellas, habiendo traspasado los confines del mundo.

Ahora, si muestras el primer sello, podrás cruzar el cielo de la Luna; sigue pues al segundo cielo, el de Mercurio, el misterioso Hermes, volador, mensajero sideral, exhibe el segundo sello y sigue adelante. Llegas al cielo de Venus, pero no debes quedarte ahí, con la mas hermosa, la de collares de perlas, tu, filósofo, sigue adelante, mostrando el tercer sello; con el cuarto talismán romperás el circulo del Sol, es un cuerpo flameante, embajador que anuncia la excelencia, la gloria y la majestad de Dios.

Ya llegas a Marte, la guerra, el amante de Afrodita. Supera este obstáculo con el quinto sello; sigue adelante, cielo tras cielo porque ya te acercas a la infinita región etérea. El etéreo humo te ha elevado.



Viaja hasta llegar al octavo cielo, y entonces, sabrás que existe un más allá infinito. Ve cruza la muralla que nadie se atrevió a hacer antes, ve más allá del lejano octavo cielo. Pero, regresa un día para develarnos lo que es oculto, admirando lo que es desconocido. A través de ti, nos encontraremos con tantas estrellas, con tantos astros, con tantos mundos, con tantos númenes, cuántos son aquellos..., porque son miríadas y millares los llamados a conocer los secretos del universo bruniano.

Con tu elevación, se ha roto la cadena que encarcelaba a la razón en un fantástico ocho planetario. Vuelas por la infinita región etérea, en donde los astros guardan armónicos intervalos, participando así, en la vida perdurable. Armonía perfecta que anuncia la magnificencia divina.

Tu, que del infinito has regresado al gran Uno, eres ahora, el magno ojo que a sí mismo se ve, y que mira lo ignoto, y eres el espejo que recibe y lanza eterna luz. Destello lejano, y cercano, ya sin accidentes, sustancia pura. Eres fulgor de Atenea, oh búho. Que así sea siempre, noble Giordano Bruno.

Antonio P. Rivas

2 de junio de 2006.